

INTRODUCCIÓN

- | | |
|--|----|
| 1. Algunas claves de lectura | 13 |
| 2. Una doble interrogación | 16 |

INTRODUCCIÓN

Las sociedades evolucionan muy lentamente y las que hoy constituyen lo que hemos convenido en llamar América Latina, no escapan a esta regla. Desde hace cinco siglos, cuando la carabela de un comerciante genovés de nombre Cristóbal Colón zarpó del puerto de Palos, cerca de Sevilla y Huelva (al sur de España), tanto Europa, como el nuevo mundo que iba a encontrarse en su ruta, han vivido mutaciones sin precedentes. Estas últimas hacen distinguir, incluso hoy las unas, de las otras. La apertura de espacios marítimos desconocidos, el encuentro de nuevas civilizaciones, la apropiación de nuevos territorios, la sumisión de sus poblaciones y, sobre todo, casi treinta años más tarde (1522), la primera vuelta al mundo, fueron elementos que marcaron el principio de los tiempos modernos. 1492 es entonces la fecha de entrada de Europa a la modernidad (si nosotros le diéramos un sentido de amplificación y de aceleración de las comunicaciones) y por consiguiente, es la de la integración a una modernidad que sufrió América Latina. Esos treinta años no fueron, solamente, el fin de espacios amplios y mares tenebrosos, sino también el principio de la conciencia de la unidad del globo terrestre. Estos años fueron, sobre todo, el punto de partida de una expansión europea y cristiana incesante. En efecto, al finalizar el siglo XV, los navegantes españoles y portugueses iniciaron la occidentalización del mundo y en especial de América. Desde este punto de vista, América Latina es sin duda, el espacio que ha vivido uno de los procesos de occidentalización más violentos e irreversibles, por la vía de la cristianización.

Es por esto que numerosas preguntas surgen hoy en torno al sentido que debe atribuirse al acontecimiento de

larga duración, ligado al día simbólico del 12 de octubre de 1492, día en que arriba la carabela de Colón a lo largo de una isla, que él pensaba eran las Indias occidentales. ¿Fue éste, un descubrimiento como lo afirman algunos? Otros, por el contrario, se preguntan ¿cómo se puede descubrir lo que ya existía?: culturas indígenas muy desarrolladas, que de hecho fueron encubiertas por el Occidente cristiano. Pero ¿no es un eufemismo utilizar ese término, cuando en realidad, hubo más bien un choque de violencia extrema y la destrucción de las sociedades indígenas? ¿No debe hablarse entonces de una invasión?

Todo acontecimiento histórico fundador suscita un conflicto de interpretación según los diversos actores y sus intereses. Desde hace mucho tiempo, los colonizadores tienden a defender los beneficios civilizadores de su acción. Hoy incluso, se ven inclinados a resaltar el encuentro. Esto se acentuó en España en 1992, en la exposición universal de Sevilla. La misma Iglesia católica prefiere proponer un proyecto de nueva evangelización, como si el continente latinoamericano no hubiera sido evangelizado, por voluntad propia o por fuerza, desde hace cinco siglos. Por su lado, los gobiernos latinoamericanos ponen énfasis en el mestizaje y recuperan así fácilmente la herencia ibérica y panhispanista que legitima frecuentemente la hegemonía de las minorías en el poder. Ellos lo hacen más fácilmente, ya que el panhispanismo les permite afirmar un cierto nacionalismo latino contra su poderoso vecino norteamericano, cuya influencia no es solamente económica, sino también política y cultural.

Por otra parte, los indígenas, los negros, la Iglesia que se dice popular, las minorías religiosas heterodoxas y las oposiciones políticas tienen la tendencia a denunciar cinco siglos de colonialismo, de violencia económica, política y simbólica. La historia les presta desde luego su apoyo, debido al pillaje de riquezas, al autoritarismo y al racismo que no ha dejado de cesar, desde 1492, ya que los neocolonialismos sobreviven por medio de la crisis de la deuda externa que ha sacudido a América Latina durante estos últimos años.

Entonces, entre la leyenda dorada y la leyenda negra ¿existe un justo medio por el rumbo de la ciencia histórica que nos ofrezca el acceso a la ponderación y al equilibrio? Es poco probable, porque los hechos pueden ser pesados y medidos, las fuentes diversificadas, pero la interpretación queda como un horizonte imprescindible y coloca inevitablemente en el corazón mismo del conflicto al autor que deseaba poder eludirlo. Conviene entonces mejor aclarar algunas claves de lectura que uno desea arriesgar para interpretar un acontecimiento de por sí complejo, tomando en cuenta, de antemano, los límites de una empresa tal.

1. *Algunas claves de lectura*

El acontecimiento del 12 de octubre 1492 no puede ser comprendido hoy, más que *a posteriori*, a través de un trayecto retrospectivo que cubre los 500 años que nos separan de la llegada de Colón. Por supuesto, una aproximación detallada de las fuentes colombinas permite reconstruir los primeros viajes. Pero el interés principal de la búsqueda del sentido de lo que ocurrió en 1492 no reside en la mera descripción cronológica de los hechos y acontecimientos. Es necesario recurrir a la larga duración para poner estos hechos en perspectiva y reconstruir lo que este acontecimiento implicó, tanto para América Latina, como para Europa. Éste será el objetivo de este libro: intentar conocer la estructura económica, política y social que tuvo lugar a partir de 1492 y sus consecuencias a largo plazo, a fin de entender la relación que la América Latina contemporánea y la Europa actual, sostienen respecto a este acontecimiento fundador.

Tal vez es necesario precisar primero, que el concepto de América Latina nació en el siglo XIX, en Francia, y que su uso fue esencialmente cultural. Este concepto designaba a los países de esa América de tradición latina y católica que se oponía a la otra América anglosajona y protestante. Algunos como el político y filósofo peruano Raúl Haya de la Torre (1895-1979), han creado el

concepto de Indoamérica, a fin de reforzar un componente fundamental de esas sociedades: las culturas indígenas. Otros, en cambio, ponen atención sobre las herencias españolas y portuguesas, y prefieren hablar entonces de Iberoamérica. Por su parte, el escritor mexicano Carlos Fuentes, pretende restituir el pluralismo étnico del continente, y propone la noción, bien prosaica, de Indo-Afro-Ibero-América.

Por mi parte, yo seguiré el uso establecido, retomando el término de América Latina, tanto en su acepción cultural, como en la de espacio geopolítico, fruto de las sociedades coloniales españolas y portuguesas; espacio que perdura, incluso hoy día, a pesar del mosaico de diversas nacionalidades, resultado de las independencias del siglo XIX.

Tres categorías englobantes me permitirán abordar a la vez el acontecimiento de 1492, así como sus consecuencias a largo plazo. Éstas son, las de conquista, resistencia y emancipación. Más que enunciar unos momentos sucesivos dignos de una dialéctica hegeliana, se intentará leer, a lo largo de la historia moderna de América Latina, la permanencia de estas categorías como fuerzas constitutivas y componentes de ese acontecimiento, que siguen influyendo en esa entidad geopolítica.

Una hipótesis guiará nuestro paso: en 1492 América Latina es forzada a entrar en la modernidad, es decir, en un proceso de aceleración del tiempo y de las comunicaciones a escala mundial. Es a partir de esta circunstancia que ella se constituye a lo largo del periodo colonial y hasta nuestros días, intentando preservar, sin embargo, su identidad original, contra una modernidad impuesta por Europa. Pero al mismo tiempo, América Latina fue sujeta, por sus colonizadores ibéricos, a entrar en una cierta relación con la modernidad. De buena o mala gana, ésta se encontró incorporada a una economía-mundo (Braudel) cuyo centro era la Europa del norte (Amberes, Amsterdam y Londres sucesivamente desde el siglo XVI) y no España y Portugal. Esta economía, y ese mundo, fueron edificados por una Europa en expansión comercial y política, pero desgarrada por los conflictos y las guerras

de religiones. En la medida en que España se convirtió, con Carlos V (1519-1558), en el apostol de la contrarreforma, sus espacios coloniales fueron cerrados a las nuevas ideas, además de estructurarse dentro del objetivo de defender el orden político y religioso producto del Concilio de Trento (1545-1563), opuesto a las reformas protestantes y a los modelos políticos y sociales que ellas propusieron. En consecuencia, el racionalismo anglosajón y francés del siglo XVIII, nacido de la crisis que sufrió la conciencia europea del siglo XVII, nunca se arraigó profundamente en la religiosidad americana de las sociedades coloniales españolas y portuguesas. Nacida en los espacios coloniales ibéricos, la América Latina contemporánea vivirá, desde sus independencias en el siglo XIX, una extrema tensión entre su tradición marcada por el espíritu de la contrarreforma y una modernidad ligada al proceso europeo de racionalización y de secularización. Por lo tanto, las elites liberales latinoamericanas desearon el progreso en el sentido que el siglo XIX le había dado, pero sin querer ni poder perder ni los beneficios religiosos y culturales de una herencia colonial que las habían conformado. Esta tensión permanente entre una tradición endógena, sincrética, y una modernidad siempre exógena es un desgarramiento permanente cuyo origen se remonta al acontecimiento del 12 de octubre de 1492. Esta tensión constitutiva nos servirá de hilo conductor para interrogar a la América Latina contemporánea.

Sin duda, a través de la comprensión de la evolución de América Latina, podremos igualmente llegar a comprender la relación de Europa con esta historia y con estas sociedades. Los europeos, detentadores desde 1492 de una hegemonía a escala mundial, ¿no habían ellos reducido a los latinoamericanos al rango de "bárbaros"? Esta facultad que poseyó el Occidente de transformar a todo colonizado en "bárbaro", no fue una experiencia exclusiva para América Latina. Pero es el continente donde la occidentalización fue más total que en otros. A pesar de todo esto, su identidad continúa siendo en parte irreductible a la occidentalización, y perdura precisamente, dentro de esa tensión entre la tradición y la moder-

nidad, que la caracteriza y la diferencia. Entrar por el curso de la historia dentro del origen y la evolución de esa diferencia, es comenzar a reconocer al otro, a buscar y a comprender o intentar interrogarse sobre nosotros mismos, los europeos. ¿Tendrían las otras culturas sólo el derecho a una existencia a plazo, desde que nuestra civilización occidental se consideró como un punto de llegada inevitable para las demás?

2. *Una doble interrogación*

La interrogación es doble ya que si, para nosotros los europeos, es un llamado al respeto de la diferencia, ésta consiste, para los latinoamericanos en preguntarse, cómo dejar atrás la contradicción, vivida de manera trágica, entre modernidad y tradición, sin perder su identidad.

Conquistadas por el poder colonial ibérico, las sociedades precolombinas desaparecieron. Una nueva sociedad colonial nació, síntesis social original, distinta del modelo de las metrópolis. Este largo proceso de formación desembocó en el lento surgimiento de una conciencia nacional, que condujo las sociedades coloniales a las nacionalidades independientes. Aunque buscaban el progreso, éstas no rompieron del todo con los valores y las prácticas coloniales. Éste fue, ciertamente, el dilema de los liberales de las jóvenes naciones independientes latinoamericanas: ¿cómo tener derecho al bienestar y a la riqueza características de la sociedad norteamericana y anglosajona, sin tener que “protestantizarse” y perder por esto su identidad original? En otros términos, la América Latina mestiza nacida en el siglo XVI, busca hasta nuestros días, preservar su identidad, a pesar del choque permanente de una modernidad paradójica impuesta y solicitada a la vez. En efecto, ésta aceptó el progreso técnico ofrecido por la modernidad, pero rechazó, los valores que le hubieran permitido asumir esa modernidad y superar el peso de la tradición. Es probablemente esta tensión, característica entre tradición y modernidad que constituye la originalidad de la América Latina contem-

poránea. Pero ¿puede esta identidad particular ser mantenida a costa del rechazo de toda reforma religiosa, intelectual y moral? ¿Puede el dinamismo del mestizaje ejercerse sólo con los modelos ibéricos de sociedad corporativista y autoritaria, que según la metáfora del cuerpo humano, concibe a la sociedad como una totalidad orgánica donde cada miembro del cuerpo social ocupa una función específica, dentro del marco de una estricta jerarquía descendiente e inmutable? ¿Es que no existirá espacio para una identidad mestiza latinoamericana no integradora, pero igualitaria y pluralista? Al prescindir de toda reforma religiosa, premisa de un cambio en los valores, ¿será posible romper con la herencia colonial impregnada todavía en los comportamientos y en las mentalidades? Éstas son las preguntas fundamentales ligadas al porvenir de los modelos políticos y religiosos democráticos, así como a la distribución de la riqueza, en un continente donde hoy se habla de transición hacia la democracia, después de una larga historia de regímenes autoritarios, y donde las desigualdades económicas están siempre presentes, a pesar de los programas de solidaridad frecuentemente demagógicos.

La emancipación de América Latina, en tanto que superación de la conquista y de la resistencia que hicieron su historia, pasa por la búsqueda de una modernidad que le sea propia. Esta última no podrá ser asumida frente al pasado colonial, pero sí a partir de éste, reformándolo y fundando un proyecto de modernidad original, basado en el pluralismo, es decir, en el reconocimiento de las diferencias constitutivas de la estructura social latinoamericana.

Estas preguntas nos interpelarán a lo largo de la lectura de esta historia hecha de conquistas, de resistencias y de emancipaciones, cuyo inicio se encuentra en el acontecimiento del 12 de octubre de 1492.